

Capítulo VIII

Doña Leonor de Togores

EXPLIQUEMOS la presencia de D.^a Leonor en casa de D.^a Ana de Pacheco.

Ocupábase ésta en dar la última mano á su tocado con natural y femenil coquetería, cuando en el espejo de plata bruñida en que se miraba, vió reflejarse la imagen de una joven severamente vestida de negro terciopelo.

D.^a Ana se levantó entre obsequiosa y disgustada de haber sido sorprendida en el secreto de su tocador, y antes que hubiese podido preguntar á la recién llegada el objeto de su intempestiva visita, díjole ella:

—Señora, dispensadme que de tan extraño modo me presente á vos, pero no tengo momento que perder, me van en ello la salud del cuerpo y quizás la del alma. Soy la hija de D. Pedro Roca de Togores.

—Vuestro rostro me lo reveló desde el instante en que os vi.

—Y bien....

—Dispensadme, D.^a Leonor, que os interrumpa, per

si me hicierais el honor de pasar al próximo salón, dentro de unos cortos instantes podría tener el gusto de escucharos.

Aunque estas frases fueron dichas con la más exquisita finura, D.^a Leonor no dejó de entender el reproche que envolvían y se apresuró á ganar en lo posible con una lisonja la atención de D.^a Ana, diciéndole:

—Tan hermosa sois, señora, por vos misma, que nada puede añadir el tocador á vuestra natural belleza.

—Gracias, D.^a Leonor, pero no obstante....

La joven imprimió á su rostro un gesto de energía y de mal reprimida contrariedad, y dijo:

—Señora, necesito hablaros, y me es imposible esperar.

—Sin dificultad lo creo, pues hacéis lo que os veo hacer, pero como dudo mucho que lo que deseáis decirme pueda interesarme tanto como á vos....

—A las dos, señora, nos interesa por igual.

—No insisto entonces: estoy á vuestras órdenes.

D.^a Ana levantó la cortina que ocultaba una puerta y suplicó á D.^a Leonor que pasara al salón que ya hemos descrito.

Cuando hubieron tomado asiento,

—Hablad,—dijo;—os escucho con la mayor atención.

D.^a Leonor obedeció, diciendo:

—Amo, señora, al mismo hombre á quien vos amáis.

D.^a Ana, que sabía las relaciones de D.^a Leonor y don Alvaro, sintió la herida, y sonriendo con supremo dominio sobre sí misma y manifiesto desdén hacia su interlocutora, observó:

—¿Quiere decir que amáis á D. Alonso de Pacheco, mi marido?

D.^a Leonor se sintió á su vez ofendida y lastimada, y sin reprimirse contestó:

—Señora, en mi corazón sólo caben amores honrados.

—Os felicito por ello, pero entonces.... no comprendo á quién podáis amar.

—¿A nadie más que á vuestro marido amáis en este mundo?

—D.^a Leonor,—repuso D.^a Ana dando á su voz una entonación entre dolorida y enconada,—desde que á mí os habéis presentado he creído, me ha parecido al menos, no que pretendéis insultarme, pues sería indigno de vos y yo no lo consentiría, pero sí que venis á vengaros de alguna ofensa que ¡por Dios! no creo haber cometido. Si así es, y si sois noble como corresponde á vuestro apellido, y sincera y bien intencionada como corresponde á vuestra juventud, pensad bien lo que tenéis que decirme y decidlo cuanto antes.

—Amo, señora á D. Alvaro de.....

—Apruebo vuestra elección y si él os corresponde como merecís.....

D.^a Leonor interrumpió diciendo con arrebatada pasión:

—Oh! sí, señora: más me ama de lo que yo merezco; me ama con todo su corazón, como á nadie amó en este mundo: así me lo ha dicho y jurado.

D.^a Ana se mordió los labios de un modo imperceptible y contestó:

—Por segunda vez os felicito, y pues él os lo ha jurado, no comprendo.....

—A qué he venido ¿no es cierto?

—Lo es.

—Pues señora, he venido á suplicaros no pongáis obstáculos á mi felicidad.

—Dispensadme que os diga, y no lo toméis á ofensa, que hasta hoy no he tenido el honor de conoceros, y por lo tanto nunca me había preocupado vuestra felicidad y mucho menos el modo de crearle obstáculos.

D.^a Leonor se desconcertó con la anterior respuesta y sintió que iba perdiendo el imprudente brio con que se había presentado.

—Si vos, señora,—dijo,—notasteis no hace mucho en mí un tono provocativo, yo á mi vez observo en vuestras palabras un tan marcado desdén.....

—La verdad es, D.^a Leonor, que cada vez me explico menos al arrojo con que habéis acometido esta entrevista que á las dos nos pone en difícil y resbaladizo terreno. Vuestro hermoso rostro, que hermoso le tenéis, se halla transfigurado á impulsos de un sentimiento de cólera y de odio tan marcado, que á la vez que me hieren me mueven á compasión. Adivino que una borrasca deshecha combate vuestro corazón, y no os ofendáis, pero me movéis á piedad. Quisiera, pues, por vos y por mí, que esta escena no se prolongase más allá del reducido límite á que en calma podemos llevarla, y nuevamente os invito á que habléis con sinceridad. ¿Qué buscáis aquí? ¿qué queréis de mí?

—Señora, para nadie es un secreto que mi padre don Pedro de Togores os ama.

—Y decidme, D.^a Leonor, ese *nadie* que eso sabe, sabe que yo amé á vuestro padre?

—Sabe que no le amáis, señora.

—Entonces el amor de vuestro padre en nada perjudica mi opinión: á vos quizás os acontece algo parecido. Según me han enterado, para nadie tampoco es un secreto que Feralmindez Chirinos, veedor del Tribunal de cuen-

tas y uno de los gobernadores en ausencia de D. Hernando, tiene en vos puestos los ojos. ¿En qué os perjudica esa pasión del veedor que vos no alimentáis?

—Decíais, señora, no hace mucho que hoy por primera vez me dispensabais el favor de ocuparos de mí, y no obstante al traer á cuenta la odiosa persecución de Peralmíndez, os desmentís á vos misma y me hacéis pensar que de esta misma casa de la cual se dice ha salido la oposición de mi padre á mis amores, puede haber salido también la impertinencia de Peralmíndez.

Arqueó D.^a Ana sus ricas y doradas cejas cual si de ellas fuesen cuerda sus admirables ojos, capaces de lanzar mórtíferas flechas en cada una de sus miradas; pero como si hubiera comprendido que aquella expresión perjudicaba su sobrenatural belleza, la borró pasando su mano sobre su frente, y una sonrisa de piedad se dibujó en sus carminados labios, de los que brotaron dulces, armónicas, impregnadas de seducción, estas palabras:

—Ya lo veis; no habéis podido ofenderme.

—D.^a Ana, no puedo negarlo: vuestra experiencia y sangre fría me desconciertan: sin saber cómo, me alejo cada vez de la cuestión que á aquí me trae, y vos misma, cayendo sin compasión sobre mí, os claváis en el arma que deseaba no esgrimir contra vos. No desconozco cuánto más hermosa sois que yo; ¿qué digo, señora? sois quizá la más hermosa mujer que existe: como esto todo el mundo lo vé, como todos lo repiten, como tenéis en fin la conciencia de ello, juzgáis imposible que hombre alguno pueda resistir á la seducción de vuestra mágica hermosura, y al que tal resistencia osa oponeros, víctima hacéis de vuestros odio y despecho. Por eso odiáis á don

Alvaro, por eso yo excito vuestro despecho. Por eso he venido aquí á deciros: si el despecho ha de ser superior en vos á la consideracion que os debéis y debéis á la sociedad, sublimad vuestra celosa venganza irritando á mi padre en contra mía hasta el punto de obligarle á hacerme profesar en cualquier convento de monjas de España: ayudadme en ello, señora, pues por más que se lo he rogado, convencida de que jamás consentirá en mi matrimonio con D.^a Alvaro, nada he podido lograr, y tal es, D.^a Ana, mi pasión, que si mi alma ha de salvarse es indispensable que yo la entregue al Divino Esposo de las Virgenes, único que puede defenderme de la desesperación en que mi amor contrariado me ha hecho caer. En la deshecha tormenta que, como muy bien dijisteis no hace mucho, combate mi corazón, sólo la virtud he salvado hasta hoy, ayudadme, señora á aprisionarla entre las rejas de un claustro. No os puedo pedir menos.

—Ni con palabras más duras;—observó D.^a Ana, cuyo rostro había tomado las más diversas y encontradas expresiones durante el largo apóstrofe de D.^a Leonor.

—No lo negaré,—repuso ésta;—pero ya os lo había dicho; habéis logrado desconcertarme con la fría manifestación de vuestro desdén.

—¿Con qué menos podría haber contestado á las ofensas que desde que os presentasteis en mi casa me venís haciendo? De otro modo, ¿cómo habría podido escucharos lo que os he consentido decirme?

—D.^a Ana,—contestó con entereza la joven;—con toda sinceridad os lo he dicho, y á ello me habéis invitado. Conozco bien á D. Pedro Roca de Togores. Tenaz é inflexible, pocas ó ninguna vez cambia sus determinaciones en favor de aquellos que han merecido su enemistad,

D. Alvaro nada debe esperar de él. Mi felicidad es un imposible, y no quiero que mi eterna salvación lo sea también. Odiáis á D. Alvaro porque no os ama, odiadme á mí porque me es imposible no hacer otro tanto, y exigid á mi padre que, del mismo modo que ha sacrificado mi amor en vuestras aras, os sacrifique mi persona apartándola de sí y permitiéndome profesar en un convento. Si os he ofendido, no me disculpéis, porque al hacerlo sólo mi bien he buscado.

D.ª Ana no pudo explicarse á sí misma cómo su paciencia había alcanzado hasta el fin de la cruel invectiva de la joven.

Una palidez mortal sustituía al trasparente y sonrosado color de su rostro irrepachable.

Así pálida, parecía un mármol griego obra del cincel de Fidias.

Pero la joven calló y las palabras acudieron á sus labios suaves, dulces, naturales, impregnadas de melancolía, y en frases breves y cortadas.

—D.ª Leonor, podéis lisonjearos,—dijo,—de que habéis hecho una cosa que ni hombre ni mujer alguna, inclusive vos misma, volverán á hacer ante mí.

Voy á responderos.

Pero ved de no interrumpirme.

La primera palabra que sin licencia mía viertan vuestros labios, os costará ser arrojada de esta sala y de esta casa.

Y por quien soy os juro, que si en ello no me obedecéis, no sólo no accederé á vuestra súplica, sino que haré vuestra suerte más amarga de lo que al presente lo es.

Así pues, callad y oid.

Nuestra paciencia nunca podrá igualar á la que con vos he usado.

Vinisteis aquí con la intención de herirme.

Lo habéis logrado.

Pero me habéis herido, no por lo que me habéis dicho, sino por haberme transmitido palabras de D. Alvaro.

Sois niña y sois inocente, y odios como el que demostráis tenerme, no nacen por sí mismos en un corazón como el vuestro.

No os hago favor, sino justicia.

Ese odio lo ha despertado en vos D. Alvaro, quien al hablaros de mí como os ha hablado ha sido un miserable!

No os incomodéis y sobre todo no me interrumpáis, porque cumpliré mi amenaza en todas sus partes.

Un miserable, sí; porque sabe que yo le amé, y quien hace burlas y publica favores de una mujer es un miserable!

Con pena y dolor de mi corazón hago referencia á él.

Con pena, porque le estimaba más noble.

Con dolor de mi corazón, porque me avergüenzo de haber amado á quien no lo merecía.

Ningún sentimiento me une á él.

Ayer le aborrecía.

Hoy le desprecio.

Y pues le amáis, concedle en sus hechos.

Feliz vos, que si lo deseáis, podéis desengañaros en cabeza ajena.

Pero si ante él no quiero justificarme, ante vos lo necesito.

Puesto que amáis á D. Alvaro, comprenderéis que yo le haya amado.

Como vos, creí que merecía ser amado.

Las faltas de mujeres como yo, sólo así se disculpan y comprenden.

No soy una cortesana, como él os lo hizo entender.

Valgo mucho para que ni el mismo vicio con todos sus encantos pueda tener imperio sobre mí.

Esposa de un hombre sin más pasión que la codicia, mi alma no encontró eco en la suya, y sus atenciones de simple caballero no pudieron llenar el vacío que mayor cada vez se abría en mi corazón.

Cuando de mí se despidió en la Isla para acompañar á D. Fernando en la conquista de estos reinos, lloré con inmensurable amargura.

Presentía un grande infortunio para mí.

El infortunio presentado no se hizo esperar.

D. Alvaro me solicitó.

A él y no á mí toca deciros si jamás le costó trabajo semejante, al que en aquella ocasion empleó, conquistar otra mujer.

Al fin... descendí hasta él.

Después... después, Dios midió mi falta, y en ella encontré mi castigo.

Volví á encontrarme con él en Nueva España y mi ceguedad me expuso á nueva humillación.

D. Alvaro os amaba y así me lo confesó.

Pero aquella humillación fué la última.

Las mujeres á las cuales plugo á Dios distinguir como á mí me distinguió, sirven para reinas; pero de ellas no puede hacerse esclavas.

Desde entonces le odié.

Desde hoy, gracias á vos, le desprecio.

Si por mí muriese en cualquier ocasion, indiferente me sería su muerte.

Despreciar como yo desprecio equivale á no haber conocido á la persona despreciada.

Bien podéis, por lo tanto, estar segura de que no os envidio vuestro amante.

Jamás envidio á quien posee joya que por cualquiera razón he desechado.

Sé lo que á vos podrá deciros, porque antes y primero que á vos á mí me lo dijo.

No me acuséis de dureza; mayor la usasteis conmigo.

En cuanto á vuestro padre, creedlo, D.^a Leonor, nada puede esperar de mí.

Cuando se ha amado como yo amé, no se vuelve á amar jamás.

Le admito en mi casa, porque en ella admito á otros muchos como él.

No puede alegar beneficio de excepción.

Si le consiento que de ese amor me hable, es por darle ese gusto, que en ningún peligro me pone, yo os lo fío, y porque no deja de ser curioso estudiar una pasión en hombres de su edad.

Esto lo sabe vuestro padre, pues como ya una vez fui engañada, no gusto de engañar á nadie, pues sé cuanto padece el engañado.

Jamás he tratado de estorbar vuestros amores con don Alvaro y menos aun vuestra felicidad.

Quizás lo creeréis sin dificultad después de lo que os he dicho.

Si con ello no os he convencido, no tengo otro recurso para convenceros.

He concluido; si tenéis alguna observación que hacer, imitadme en el tono conciso y templado y hacedlo antes de que vuestro padre llegue aquí, que no debe tardar.

D.^a Leonor, que había sufrido lo que no es decible durante el largo anterior discurso, agradeció el permiso que se le otorgaba y dijo:

—Decís, D.^a Ana, que si cuanto acabáis de decirme no me ha convencido de vuestro ningún participio en mi infortunio, ningún otro recurso os queda para lograrlo.

—Así es la verdad.

—¿Me permitís indicaros uno?

—Decídle.

—Mi padre debe llegar aquí dentro de breves instantes. Consentid en que desde vuestro tocador y detrás de esa cortina escuche vuestra conversación con él.

—D.^a Leonor, no sabéis lo que pedís!

—Una última prueba, D.^a Ana, una última prueba.

—Pensad que á vuestro padre es á quien vais á celar.

—Lo sé, D.^a Ana.

—Pensad que quizás vais á oír á vuestro padre, lo que ningún padre se permite hablar delante de una hija.

—Os lo ruego.

—Ved bien que...

—¿Estáis ó no dispuesta á concederme lo que os pido?

—Debiera deciros que no.

—¿Por qué, señora?

—Por compasión hácia vos.

—D.^a Ana, ¿acaso esa compasión es la última forma con que vestiréis hoy el desdén que os inspiro? Decídmelo para que en tal caso tenga eso menos que agradeceros.

—Por Dios os juro, D.^a Leonor, que no sabia yo misa hasta donde llega mi paciencia. Pero vos lo queréis y quiero complaceros. Escuchad mi conversación con vuestro padre, pero si en el curso de ella algo lle-

gáis á oír que os destroce el corazón no os quejéis de mi complacencia sino de vuestra temeridad.

—Así lo haré.

—Bien está, pero no olvidéis que quien escucha, su mal oye.

—Nada os importe el daño que pueda ó no recibir, si es que eso teméis...

—Qué otra cosa podría temer?

—El que yo sepa que no me habéis dicho la verdad.

—D.^a Leonor, os quiero hacer la gracia de no dar por oídas las palabras que acabáis de pronunciar. No puedo convencerme de que las hayáis pronunciado en vuestro juicio. Por más que otra cosa supongáis, os escucho por mi propia voluntad, no porque me haya impuesto vuestra fiera actitud. Pasad, pues, á mi tocador, y Dios os libre de la humillación que vos misma os buscáis.

—¿Qué humillación es esa?

—La que se impondrá vuestra virtud prosternándose ante mí.

—Si tal cosa llegase á suceder, creeré en verdad que sois una santa, pues nunca, D.^a Ana, dos mujeres se han odiado como nosotras en este momento.

—Pensad, D.^a Leonor, y no lo olvidéis, que de vos sola han partido todas las provocaciones. Quiera Dios por vos y no por mí, que no os arrepintáis.

—Si no lo quisiese, si en efecto hubiera de venir sobre mí esa humillación que me anunciáis, á ella doblaré resignada mi frente, y á vuestras plantas solicitaré vuestro perdón como en esta entrevista he solicitado vuestro odio para encontrar una disculpa al mío.

El aldabón de la puerta del zaguán sonó tres veces impulsado por la mano de D. Pedro.

Cuando éste entró en la sala sucedió todo cuanto queda referido en el capítulo que precede á éste.

Capítulo IX

Los intrigantes de antaño



ENTREMOS en una de las habitaciones de Cortés. En un sillón formado por semicírculos de madera, dos de ellos para las patas y otros dos que sostienen el asiento, respaldo y brazos, dormita un hombre con ambas piernas estiradas, ambas manos cruzadas sobre el vientre, y la barba caída sobre el pecho.

En un candelero de dos brazos, dos cabos de vela de cera concluyen de llenar su cometido de alumbrar la estancia.

Chisporrotea uno de ellos sofocado por la larga pavesa, y el otro lanza una última y azul llamarada que apenas extinguida produce una delgada y larga columna de humo que vá á rematar en cien variadas y blanquísimas espirales.

Este candelero se halla encima de una mesa vestida de terciopelo morado con franjas de galón amarillo.

Sobre aquella carpeta, un mundo de papeles, el voluminoso tintero y varias plumas de aves de diversos colo-

res son claro indicio de que el sueño ha vencido á aquel hombre después de un largo y continuado trabajo.

Por la entreabierta ventana penetra fresco é insinuante el vientecillo matinal y la luz blanca y transparente del alba vence con su apacible luz la cada vez más debil del último cabo.

Oyese el rechinar desapacible de los goznes de la gran puerta del zaguán y poco después el choque de unos acicates con escalones de piedra.

Dos golpecitos dados con los nudillos de una gruesa mano en la puerta de la habitación, no bastan á disipar el sopor del que dormita en el sillón, pero sí le hacen exclamar con soñolienta voz:

—¡Adentro!

Prontamente obedecido, un hombre empuja la puerta y penetra en la estancia.

El personaje del sillón baja y levanta su cabeza dos ó tres veces, como si un resorte le obligase á ello, y deja escapar un sordo ronquido.

El recién llegado da en el piso una fuerte patada que hace resonar en su gozne la estrella de los azicates, y dice á la vez que el hombre del sillón despierta sobresaltado:

—¡Vive Cristo! ¡más vigilante hacia yo al señor don Pedro Almindez Chirinos!

—¡Y yo menos pesado para acudir á las citas que el propio da, al Sr. D. Hernán López!

Esto dicho, Peralmindez tendió su mano á Hernán López, que éste se apresuró á estrechar con las dos suyas, diciendo con franca y satisfecha sonrisa:

—Peralmindez, puedes dar por cierta nuestra fortuna.

—Eso quiere decir,—observó Chirinos,—que podemos dar por hecha la ruina de Cortés.

—Creo que sí.

—Cuenta, cuenta pronto, Hernán.

—Te tengo dicho, Peralmindez, que nunca me nombres Hernán á secas: no quiero que me confundas con Cortés. ¿Por qué si el cielo nos hizo tan contrarios, quiso darnos el mismo nombre?

—Por los cuernos de Lucifer, que cuando tal dices me pareces extraordinariamente ridículo.

—Buen cumplido para el mejor de tus amigos, como lo soy yo.

—Ni quien lo dude, Hernán Pérez, y menos yo, que sobradas pruebas tengo de ello. Pero, ¿qué quieres? siento que no seas igual á Cortés en algo más que en el nombre de pila. En la riqueza por ejemplo.

—Pues mira tú, si fuera tan fácil igualarle en todo como en eso...

—¿Sí, eh? ¿luego has descubierto los lugares en que tiene ocultos sus tesoros?

—No, pero casi, casi.

—¿Qué significa eso?

—Que si yo no lo sé, lo sabe su pariente y gobernador de su casa Rodrigo de Paz.

—Pues de buena duda me has sacado: ¿Eso es todo lo que sabes, Hernán Pérez?

—Puede que con eso baste.

—¿Y para decirme esto me citaste é hiciste que pasase en vela la noche? Creo, Hernán Pérez, que habré de romper contigo.

—Ni tú lo harás, ni yo te lo aconsejaré: nos conviene marchar unidos.

—Lo sé y lo ratifico.

—Pero vamos á cuentas, ¿qué hay de nuevo?

—Hay, que según se miente por ahí, el buen D. Alvaro..., ya sabes, el correspondido amante de Doña Leonor de Togores..., se ha encontrado un pedazo de la provisión aquella que en Goatzacoalcos os dió á tí y á Salazar D. Hernando Cortés, para que con Estrada y Albornoz gobernaseis. Hay, que ya se sabe que tú y Salazar, de acuerdo con Albornoz y por ódio de éste al tesorero Estrada, rasgasteis aquella provisión é hicisteis valer la que para el caso de que el contador y el tesorero persistiesen en sus enemistades, os dió el mismo D. Hernando, para que tú y Salazar, como factor y veedor, gobernaseis con exclusión de Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz. Hay, en fin...

—No prosigas; todo es una conseja sin fundamento alguno: bien sabes que el pliego de la susodicha provisión después de rasgado, yo mismo le reduje á cenizas y que de él no quedó ni un solo fragmento. Con que...

—Peralmíndez, veo que no me entiendes. Yo no he dicho que D. Alvaro haya encontrado ese fragmento, sino que eso dicen.

—Bien lo oí.

—Entonces no quieres entender.

—O tú no me dejas.

—¿Que no te dejo? ¿eso dices cuando voy á abrirte los ojos y decirte: el supuesto fragmento no existe, pero existe un hombre que sabe que pudo existir, y que dándolo por hecho lo dice y publica para armarte una asonada y quitarse de en medio un rival que supone temible, pues no ignora los algos de amistad que te unen con D. Pedro Roca de Togores.

—Si no hay más que eso...—dijo Peralmíndez con desdén.

—Si hay más.

—Pues ¡con mil diablos! habla de una vez.

—Hay, que Alonso de Estrada se ha enterado de lo que D. Alvaro cuenta, y se ha dirigido al licenciado Zuazo para que, como administrador de la Justicia, exija que parezca aquella provisión y se les admita á él y Albornoz al cargo de gobernadores de que por vosotros se hallan privados.

—Pues qué, ¿también Albornoz lo pide?

—Así lo creo.

—¿Pero é! mismo, no estuvo de acuerdo con nosotros en que se hiciera lo que se hizo, holgándose de no gobernar, por tal de que no gobernase el tesorero á quien odia?

—Pues ya lo ves, sin duda se arrepintió de quedarse tuerto por dejar al otro ciego, y de nuevo se ha aliado con el contador.

—¿Vive Cristo! ¿qué es entonces lo que nos espera?

—Bien puedes imaginártelo: el licenciado Zuazo te quiere bastante mal para echarte el pleito en contra.

—¿Pues por Cristo! bien puede el licenciado ver lo que hace, porque entre los papeles de Cortés me he encontrado una orden del emperador en que manda despachar desde luego á Cuba á Zuazo por no haber satisfecho á los cargos que allí se le hicieron en su residencia. Si contra mí lo veo, yo le juro que le aprehendo y lo embarco para España como me llamo Chirinos.

Tan frescas eran las noticias llevadas por Hernán Pérez á Peralmíndez, que cuando éste acababa de pronunciar la anterior amenaza, con grande estrépito de voces y precipitados pasos subían las escaleras de las casas de Cortés: Zuazo, Estrada, Albornoz, y vecinos y gente de armas.

Hernán Pérez corrió á despertar y hacer vestir al factor Gonzalo de Salazar, que dormía muy descuidado de lo que encima se le iba, y el veedor Peralmindez se dispuso á recibir según las circunstancias lo exigiesen, á sus incómodos visitantes.

Después de no pocas discusiones, y de no muy corteses palabras, usurpadores y usurpados convinieron en estarse á lo que el licenciado Zuazo determinase.

Litigó éste el pleito y sentenció que todos cuatro gobernasen junto con él, por parecer que la voluntad de Cortés había sido que todos cinco rigieran el reino.

Estrada y Albornoz encontraron, pues se cumplían sus deseos, muy justa la determinación.

No pareció lo mismo al factor y veedor, y de acuerdo con Hernán Pérez convinieron en nulificar, llegada la ocasión, á sus dos antagonistas.

Esta ocasión supo buscarla y prepararla el ingenio de Hernán Pérez.

Peralmindez fué el ejecutor del plan de su amigo.

El triunfo que el licenciado Zuazo había proporcionado á Alonso de Estrada, ensoberbeció á éste y le hizo ver con manifiesto encono al contador Albornoz, quien, como ya hemos dicho, había convenido en que se rompiese la debatida provisión de Cortés, con tal de alejar del gobierno á su enemigo.

Salazar y Chirinos fomentaron por mil medios aquel justo resentimiento de Estrada, y Albornoz se echó más que nunca en manos de Rodrigo de Paz, quien, como alguacil mayor y tenedor de los cuantiosos bienes de Cortés, gozaba de grande influjo y poderío en el reino.

Sin grande esfuerzo, pues era Estrada hombre encono y ligero, lograron el factor y veedor que de allí á

poco viese á Rodrigo de Paz con el mismo odio con que veía á Albornoz.

Mientras tanto ellos fingieron hallarse en íntima comunión de intereses con Estrada y lograron hacerle más que nunca sospechoso á Paz, á Albornoz y Zuazo.

Por último pusieron en sus manos una declaración en que hicieron constar la parte que Albornoz había tomado en la nulificación de la provisión de Cortés, y la orden del emperador para que Zuazo fuese remitido á Cuba para contestar su juicio de residencia.

Uno y otro papel hizo Estrada valer ante sus compañeros, afirmándoles que unidos con él, Chirinos y Salazar constituía una mayoría dispuesta á encauzarlos y á separar á Albornoz del gobierno y embarcarlo con Zuazo para Cuba.

Cedieron uno y otro al temor que supieron infundirles, y Estrada les impuso por condición, para llevar adelante su proyecto, que consintieran en dictar auto de prisión contra Paz.

Así convenido, el auto se dictó, y Rodrigo de Paz fué encarcelado en casa de Salazar, quien para este fin la ofreció, comprometiéndose á responder del preso, si bien él y Chirinos se negaron á firmar, alegando que como conocido era su odio contra Paz, sus firmas quitarían al auto toda apariencia de justicia y se le darian de cobarde venganza.

Suceso fué éste que sólo porque en la historia consta es creíble, pues no se comprende cómo se atrevieron Estrada, Albornoz y Zuazo á proceder contra un hombre de tanto influjo como Paz, y tan distinguido y favorecido por Hernán Cortés.

Pero sea de ello lo que fuere, el caso es que el plan de

Hernán Pérez se vió coronado por el mejor éxito, pues la misma noche en que con gran secreto Paz fué aprisionado y conducido á casa de Salazar, éste y Chirinos se le presentaron con la orden susodicha, diciéndole como si de él se compadecieran:

—Hé aquí la recompensa que has tenido de la amistad y favores con que has colmado á Estrada, Albornoz y Zuazo: si fueran tus amigos como protestaban y como en realidad lo somos Peralmíndez y yo no se hubieran conjurado para perderte. Si deseas salvar tu vida y vengar esta injuria, unámonos todos, que mañana luego te daremos libertad, y juntos, á tus tres enemigos privaremos del gobierno (1).

—¡Pero cómo podréis demostrarme,—preguntó Paz,—que vosotros ninguna parte habéis tenido en el atropello de que soy víctima, cuando siempre habéis sido mis enemigos?

—Tus enemigos dices y así es la verdad; ¿pero qué otra cosa querías que fuésemos, cuando tan unido te has conservado siempre con los que lo son nuestros?

—¿Por qué entonces, si no estabais de acuerdo con los que me han preso, me tenéis en vuestra casa encarcelado?

—¿En cuál más seguro podrías estar?

—No lo creo yo así.

—Sin embargo lo estás viendo, ¿quién podría impedirnos en este momento el darte muerte si así lo quisiésemos y fuéramos, como crees, tus tan mortales enemigos? Lejos de pretender cometer tan horrendo crimen, juramos unirte á nosotros contra Estrada y Albornoz, y á nuestra

(1) El P. Cavo.

vez te juramos dejarte en libertad en este mismo instante.

—Lo juro,—contestó Paz,—pero mi juramento sólo me obliga si vosotros cumplís el vuestro.

Peralmíndez soltó en persona las cadenas que habíanle puesto á Rodrigo de Paz y á la vez Salazar abrió de par en par las puertas de la improvisada prisión.

—Libre eres,—le dijo Peralmíndez, dejándole franco el paso.

En aquel momento dejóse oír hacia el exterior un sordo rumor producido por gran número de gentes que llegaban.

Paz, que se disponía á tomar la puerta, retrocedió, y con faz airada dijo á Chirinos y á Salazar:

—¡Sois unos traidores! ese rumor que escucho me indica claramente que me teniais preparada una emboscada y que vais á asesinarme. Pero si algún resto queda en vosotros del honor de caballeros, dadme una espada y consentid que muera defendiéndome!

—Toma la mía, contestó Peralmíndez dándole en efecto su espada,—pero no para que te defiendas, pues nadie te ataca, sino para que la claves en mi corazón si mis acciones no van conformes con mis palabras.

—¿Qué es, pues, lo que ese rumor de gente significa?

—Significa que si así, sin más ni más, te pusiésemos en libertad, los gobernadores volverían á aprisionarte, y desconfiando de nosotros nada nos permitirían hacer por tí, y nosotros mismos sufriríamos las consecuencias de su venganza.

—¿Pero entonces con ellos habéis estado de acuerdo?

—Lo hemos fingido para que te pusieran en nuestras manos. Creyéronlo fácilmente, pues conocían la enemis-

tad que entre tú y nosotros había hasta este momento. Por eso te entregaron á nosotros: ¿quién mejor podría haber sido tu carcelero?

—Pero entonces, con hacer lo que hacéis ¿qué partido esperáis sacar?

—Ya te lo hemos dicho, que nos ayudes á satisfacer nuestros odios contra esos hombres viles que aún á ti que eres su amigo encarcelan.

—¿Con qué fin lo han hecho?

—Con el de obligarte por medio del tormento, si necesario fuese, á descubrir donde oculta sus tesoros Don Hernando.

—Pero acaso esos hombres no temen al conquistador?

—Sábelo, Paz; se dice que D. Hernando ha muerto en la expedición de las Hibueras.

—¿Mienten!

—Bien puede ser; pero da validez á esos rumores el hecho de que los meses pasan y ninguna noticia se tiene de él. Tú que eres el tenedor de sus bienes y su pariente, ¿has sabido algo de D. Hernando?

—¿No, á la verdad!

—¿Lo ves? Nosotros, como tú, creemos que D. Hernando vive, pero la duda en que nos pone la falta de sus noticias, puede crear una situación favorable á los planes de tus enemigos. Sé, pues, cuerdo y ten confianza en nosotros.

—Pero ese rumor que hace un instante se oía claro y distinto, y se percibe aún ¿qué significa?

—Significa lo siguiente: es en efecto gente armada, pero nuestra y de toda confianza. En cuanto de aquí hayas tú salido esa gente fingirá un asalto á mi casa, dispararemos algunos arcabuzazos y mañana se dirá que los naturales,

siervos de D. Hernando, movidos del amor que te tienen, asaltaron mi casa y te han salvado. Albornoz y Estrada temerán un alzamiento si persisten en proceder contra tí, y levantarán el auto de prisión sin dificultad alguna. ¿No es nuestro plan el que mejor testifica la verdad de nuestras protestas de amistad?

—En verdad que sí, Gonzalo de Salazar, y en prueba de que os agradezco cuanto por mí hacéis, aquí está mi mano que desea estrechar en las vuestras las de sus nuevos y mejores amigos.

Peralmíndez y Salazar cumplieros gustosos y satisfechos los deseos de Rodrigo de Paz.

Le habían ganado por completo.

Todo sucedió como había sido dispuesto.

Paz salió libre de la casa de Salazar, y sólo y favorecido por las espesas sombras de la noche se trasladó á las casas de Cortés.

Hernán Pérez dirigió el fingido asalto, no tan fingido, no obstante, que no hubiese habido sus lastimados, entre los cuales estuvo Peralmíndez, que recibió una herida no muy ligera en un brazo.

De ella se valió para representar mejor su papel, pues después de vendada marchó con Salazar, en busca de Albornoz, Zuazo y Estrada, y les enteró de lo que suponía pasado.

El temor de los gobernadores fué grande, pero Salazar y Chirinos los tranquilizaron, haciéndoles creer que el vecindario y los indios de Cortés se calmarían en levantando la orden de prisión, lo cual sobre la marcha se hizo.

Y para más disimular la traición (1), Salazar propuso

(1) El P. Cavo.

á sus compañeros que al otro día fueran á San Francisco á comulgar, con lo cual entendería el pueblo que cuanto se había hecho en la prisión de Paz, había sido con acuerdo de todos.

Hernán Pérez decía á Peralmindez y á Salazar muy satisfecho:

—El éxito nos favorece, ya veis que algo más que el nombre tengo de Cortés, pues le igualo en talentos políticos, si es que no le supero, pues él venció bárbaros y yo venzo sagaces.

Capítulo X

Pero Almindez de Chirinos

LA noche del mismo día en que tuvieron lugar las violentas escenas ocurridas entre D. Pedro Tогores, su hija D.^a Leonor y la hermosa D.^a Ana de Pacheco, el joven D. Alvaro, bien ajeno de lo ocurrido, se dirigió á la casa de Tогores, no para entrar en ella, pues le estaba prohibido, pero sí para conversar con D.^a Leonor por la reja de su ventana.

D. Alvaro hizo la señal convenida entre los dos amantes y esperó la contestación.

Pero el tiempo pasó y la seña no obtuvo respuesta.

Cinco ó seis veces la repitió y todas ellas con el mismo mal éxito.

D. Alvaro, que todo lo temía del odio que D. Pedro le había mostrado, supuso que algo grave habría pasado entre el padre y la hija, y cediendo á ese generoso impulso que á todo buen amante le lleva á acometer con osadía cualquier acto, por arriesgado que sea, con tal de defen-